

ACTIVIDADES ACADEMICAS

Palabras pronunciadas por el Dr. José Miguel Torre, Vicepresidente del Comité Organizador de las IX Jornadas Médicas Nacionales en la ceremonia de inauguración del evento el día 23 de febrero de 1966.

Sr. Dr. Don Manuel Vaquero, Representante del Dr. Don Ignacio Chávez, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México,
Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina,
Distinguidos Académicos,
Señoras y Señores:

CON ESTE acto de hoy, al ponerse en marcha las Novenas Jornadas de la Academia Nacional de Medicina en esta escuela de una Universidad de provincia, se inicia, podríamos decir, el segundo siglo de vida de la Academia. Y se inicia con una actitud nueva, con un gesto atrevido y generoso a la vez.

Ayer apenas, hace poco menos de dos años, se conmemoró el primer centenario de esta ilustre corporación. El día primero de mayo de 1964, reunidos en una gran asamblea, hombres de todos los continentes que concurrieron al llamado de la Academia, dieron fe de lo que México había recorrido en cien años de labor constante, de trabajo perseverante por hacer marchar la medicina nuestra. El Congreso del Centenario se realizó con brillo singular en el espléndido recinto para congresos de la capital del país.

Por este motivo tan señalado se aplazó la organización de las Jornadas que debían efectuarse ese año. Y hoy, por empeño decidido de su presidente, el doctor Miguel Jiménez, viene a realizarse esta Reunión Nacional en esta casa que recibe por ello el honor destacado de transformarse en recinto de la Academia durante estos tres días.

Es la primera vez que esto sucede en la marcha centenaria de esta Institución.

Ha buscado abrigo en casa ajena, y por el solo honor de haber seleccionado ésta, la ofrecemos como propia sin limitación alguna, conscientes de la responsabilidad y la distinción que esto significa. Es, volvemos a decir, una forma nueva de vida que esperamos saber interpretar con toda justicia.

A partir de hoy, queda rota la vieja tradición de congregarse siempre en su propia casa, se establece en esta forma un diálogo más acorde con la forma de vida moderna, a tono con este modo menos rígido y seguramente más fecundo para estrechar relaciones humanas, actualmente tan en riesgo de debilitarse, de decaer, de perderse. Desconozco el modo como se tomó esta decisión en el seno de la Academia, pero no puedo dejar de reconocer que el empeño, el entusiasmo y la fe que ha puesto el doctor Jiménez en la realización de estas jornadas han sido para mí un ejemplo y un estímulo para trabajar a su lado.

Por mi parte, sigo firme en la idea de que estas reuniones en provincia, en nuestra casa concretamente, son del más alto valor. Ofrecen el mejor modo de convivir entre sí a grupos numerosos de hombres de ciencia que intercambian ideas, que confrontan experiencias, que extienden su mundo de conocimiento. Y realizar esto de viva voz, de persona a persona, rota la barrera de tiempo y la distancia, es una oportunidad que en mucho estimamos. Esto no era lo habitual en provincia hace unas décadas, por lo menos en muchas ciudades de nuestro país; lo común era que los más importantes eventos científicos se realizaran en la capital y que los hombres de la provincia tuvieran la necesidad de desplazarse al sitio de reunión.

Ahora, vemos con satisfacción, que cada día se organizan en mayor número reuniones del más alto nivel científico en ciudades dispersas en el territorio nacional. Resulta explicable por ello que en ocasiones se piense que este movimiento cultural resulta excesivo o anárquico y alguien ha pensado que hasta se vuelve indeseable. Yo creo que sólo es cuestión de planearlo adecuadamente con el fin de que estas actividades rindan el mayor provecho y de ese modo contribuyan de verdad a ir transformando el medio médico en la provincia. Y para esto, más que el número de reuniones, más que la frecuencia o la importancia de las mismas, está la actitud con la que cada uno de los asistentes concurra a estos eventos. Para que el diálogo rinda óptimos frutos —se nos ha dicho recientemente con claridad iluminada y con vigor de mando— debe excluir “fingimientos, rivalidades, engaños y traiciones”. Así esperamos que sea el diálogo que iniciamos hoy aquí, respetuosos de la dignidad y la libertad. Así debe ser el coloquio que se realice en todas las reuniones de este tipo. Y de ese modo rendirá siempre frutos buenos.

Confiamos también que al concluir esta justa de saber y de aprender, salgamos otra vez convencidos, plenamente, de aquella advertencia que todavía hoy tiene resonancia desde que fue pronunciada en la ceremonia del Centenario de la Academia: la de no olvidar que “detrás de la ciencia, como afán de verdad, está

escondido el hombre... , con su esperanza insatisfecha y con su ansia de redención". Se nos vuelve deber, exigencia permanente, trabajar por él; con toda devoción, con entusiasmo, con la confianza sincera de que sí podemos hacer algo de bien a nuestros semejantes. Con esta convicción prendida en el alma os recibimos bajo este techo, señores académicos, con la esperanza firme que este nuevo diálogo, que se inicia por bondad vuestra fuera de casa, sirva en verdad para que los hombres nos comprendamos mejor y practiquemos más la caridad.